

Elaboración de la imagen de Miguel Primo de Rivera en «El Debate» y «Arriba»

ÁNGEL M. VARAS CARRASCO

RESUMEN

El estudio de la prensa escrita constituye una herramienta esencial para las investigaciones sobre la opinión pública en la Historia Contemporánea. Dentro de tan vasto territorio resulta de suma importancia conocer los mecanismos de fabricación de las imágenes políticas entendidas como hitos básicos en la configuración de la memoria histórica. El análisis de tales mecanismos, sometidos al devenir histórico, como consecuencia y causa del mismo, permite arrojar luz tanto sobre las señas de identidad de los grupos políticos como sobre sus comportamientos tácticos en circunstancias históricas concretas. De esta forma, analizar la imagen política de Miguel Primo de Rivera elaborada por «El Debate» y «Arriba», respectivamente, abre sugerentes vías de investigación sobre el catolicismo social y el fascismo en España.

PALABRAS CLAVE

Fascismo, Catolicismo Social, Dictador, Dictadura, C.E.D.A., Falange Española, Memoria histórica, Imagen política, Precursor.

ABSTRACT

The study of the written press constitutes an essential tool for investigations into public opinion in Contemporary History. With such a vast territory, it is of principal importance to understand the mechanisms of production of political images as basic criteria in the creation of historical memory. The analysis of such mechanisms, which becomes historical as a consequences and cause of itself, allows us to shed light on the sense of identity of the political groups as well as their tactical behaviour in concrete historical circumstances. In this way, the political image of Miguel Primo de Rivera as seen by «El Debate» y «Arriba», respectively, can be analyzed and lead to paths of investigation on Social Catholicism and Fascism in Spain.

KEY WORDS

Fascism, Social Catholicism, Dictator, Dictatorship, C.E.D.A., Spanish Falange, Historical Memory, Political Image, Precursor.

INTRODUCCIÓN

En el ya clásico volumen colectivo coordinado por René Rémond acerca de la recuperación de la Historia política, Jean-Noël Jeanneney se ocupa de recordar la extraordinaria importancia de la prensa escrita como fuente historiográfica para el estudio de la contemporaneidad incitando a los investigadores futuros a superar lo que él considera común en los trabajos tradicionales sobre el medio escrito:

«La curiosité, longtemps, s'est concentrée sur cette question simple: quelle est l'influence des médias sur l'opinion publique et quels sont les moyens dont disposent l'État, les gouvernants, les partis politiques, les groupes de pression pour peser sur la presse écrite, parlée ou télévisée et, à travers elle, sur l'opinion publique?»¹.

Alejandro Pizarroso coloca la prensa en el terreno genérico de la propaganda utilizando la siguiente definición de Violet Edwards: «Propaganda es la expresión de una opinión o una acción por individuos o grupos, deliberadamente orientada a influir opiniones o acciones de otros individuos o grupos para unos fines predeterminados»². Niega, a continuación, el carácter peyorativo atribuido al término y aclara la necesidad de abordar su estudio desde el conocimiento multidisciplinar del entorno en que se proyecta: «La Historia de la Propaganda no debería referirse sólo a lo que es manifiestamente tal, sino a todo el complejo sistema de comunicación humana en una sociedad donde cada mensaje (escrito, hablado, simbólico, etc.) puede jugar una función propagandística independientemente, algunas veces, de que al ser producido hubiera o no una intencionalidad definida en ese sentido... De este modo, su estudio ha de ser necesariamente multidisciplinar. La historia del pensamiento político, la historia de la filosofía, de la literatura, del arte, etc., nos ofrecen valiosos ejemplos de propaganda política a lo largo del tiempo»³.

Julio Aróstegui en su ensayo general sobre teorías historiográficas insiste oportunamente, contra las tendencias derivadas de la postmodernidad y el pensamiento débil, en el objeto último del análisis histórico: «Lo histórico es una categoría que atribuimos a lo social, y se nos manifiesta

¹ Jean-Noël JEANNENEY, «Les médias» en R. Rémond, «Pour une histoire politique». París, 1996. Pág. 188.

² Alejandro PIZARROSO, «Historia de la Propaganda». Madrid, 1990. Pág. 28. Tomado de V. Edwards, «Group Leader's Guide to Propaganda Analysis. Nueva York, Institute for Propaganda Analysis, 1938. Pág. 40.

³ Alejandro PIZARROSO, op. cit. Pág. 25.

universalmente a través del cambio de las formas sociales o... de los «estados sociales». Se infiere, pues, sin dificultad, que no existe, naturalmente, ninguna explicación de la historia que no contenga en sí misma una explicación de la realidad social. Es preciso, sin embargo, tener en cuenta que si bien la sociedad y la historia son dos realidades inseparables no se confunden si son correctamente definidas. En todo caso, el conocimiento de lo histórico, como dijo Pierre Vilar, es condición de todos los demás conocimientos sociales: *ello quiere decir también que él mismo supone todos los demás*»⁴.

Para él «fuente histórica» sería «todo aquel material, instrumento o herramienta, símbolo o discurso intelectual, que procede de la creatividad humana, a cuyo través puede inferirse algo acerca de una determinada situación social en el tiempo»⁵. Siguiendo lo indicado en la anterior definición la prensa escrita ha de colocarse entre las principales fuentes al servicio del historiador debiendo ser incluida dentro de las fuentes «voluntarias» y «narrativas» atendiendo a los criterios taxonómicos aportados en su obra.

El riquísimo concepto de «intelectual orgánico» manejado por Antonio Gramsci en sus trabajos⁶ es recogido por Michel Vovelle para aplicarlo al estudio de las mentalidades bajo la forma de «intermediario cultural»⁷. Trátase de aquella persona que por su lugar en la sociedad es capaz no sólo de transmitir sino también de generar opinión finalmente integrada en el horizonte mental de la colectividad. Tan sugerente concepto teórico es *meridianamente atribuible tanto a los directores, en particular, como a los redactores, en general, de los modernos medios de comunicación.*

Acercando la reflexión al estudio de la realidad contemporánea española es preciso recordar que Richard Robinson en su trabajo pionero sobre los orígenes de la España de Franco⁸ hacía referencia a la opinión de Macaulay según la cual la verdadera historia de un pueblo está en sus periódicos.

Por ello, los trabajos que se presentan a continuación tienen por objeto revisar a través de dos periódicos concretos («EL DEBATE» y «ARRIBA») la construcción diacrónica de la imagen histórica de Miguel Primo

⁴ Julio AROSTEGUI, «La investigación histórica: Teoría y método». Barcelona, 1995. Pág. 158.

⁵ *Ibid.* Pág. 338.

⁶ Christine BUCI-GLUCKSMANN, «Gramsci y el Estado». Madrid, 1978. Págs. 65 y ss.

⁷ Michel VOVELLE, «Ideologías y Mentalidades». Barcelona, 1985. Pág. 16-7.

⁸ R. ROBINSON, «Los orígenes de la España de Franco: Derecha, República y Revolución, 1931-36». Barcelona, 1974.

de Rivera. Como expresión cabal de dos espacios ideológicos suficientemente diferenciados aunque con algunos rasgos en común, el análisis de ambos diarios permite adentrarse en el entramado mental elaborado en torno al catolicismo social y al falangismo durante los años treinta y cuarenta del presente siglo.

El tratamiento específico de la figura del dictador en los citados medios como referente histórico a lo largo del tiempo constituye una pieza de gran importancia a la hora de abordar el análisis ideológico de sus propuestas.

Mediante el trabajo sobre «EL DEBATE» cabe arrojar luz acerca del carácter último de los grupos políticos que, primero, durante la Dictadura, y, posteriormente, durante la II República se colocaron bajo su cobijo doctrinal. Asimismo, repasando las ediciones de «ARRIBA» pueden extraerse conclusiones de gran utilidad historiográfica relativas al estudio de las fórmulas de legitimación política diseñadas por los intelectuales orgánicos del franquismo para justificar sus orígenes.

MIGUEL PRIMO DE RIVERA EN «EL DEBATE»

Desde su fundación efectiva en 1911 para oponerse a los planes secularizadores de Canalejas el periódico pretendió bajo la dirección de Angel Herrera agrupar a los católicos salvando para ello las diferencias políticas heredadas del siglo anterior con el fin de poner en práctica la doctrina emanada desde Roma y extendida en España por la Asociación Católica Nacional de Propagandistas ⁹. Así, en el número extraordinario publicado el 5 de julio de 1936 para conmemorar los veinticinco años de vida del diario puede leerse lo siguiente: «Los veinticinco años de EL DEBATE han sido empleados, cualquiera que fuese la situación, en el servicio de la Iglesia. Esto es lo que importa. Y esto es lo que hoy, al examinar nuestra obra, queremos y podemos decir» ¹⁰.

A pesar de tal declaración, en principio aparentemente alejada del cotidiano devenir político, EL DEBATE participó activamente como creador de opinión y defensor de intereses particulares en la convulsa situación vivida por el país a partir sobre todo de la crisis de 1917 que supuso el inicio del fin del régimen diseñado por Cánovas para enterrar el Sexenio ¹¹.

⁹ A. SAEZ ALBA, «La Asociación Católica Nacional de Propagandistas». París, 1974.

¹⁰ José María GARCÍA ESCUDERO, «El pensamiento de El Debate». Madrid, 1983. Pág. 178.

¹¹ José María JOVER, «Realidad y mito de la I República». Madrid, 1991.

En línea con lo anterior, José María Guasch, en su ejemplar trabajo sobre el diario ¹² afirma lo siguiente a modo de conclusión: «EL DEBATE, germanófilo durante la I Guerra Mundial; demócrata a regañadientes en la posguerra; abogado de una política enérgica contra los sindicalistas; defensor del honor nacional dañado en la lamentable campaña marroquí; partidario de un dictador para España... Fue... un claro ejemplo de regeneracionismo conservador».

Situado en la vorágine general provocada por las repercusiones globales de la I Guerra Mundial que hicieron temer a las clases dirigentes su pérdida definitiva de hegemonía ¹³ el periódico optó por repetir llamamientos agónicos a la unión de las derechas para hacer frente al peligro obrero vislumbrado en el horizonte. Así, en el editorial aparecido en la edición del 7 de noviembre de 1918 se decía lo siguiente: «Las conmociones que el mundo siente parece que relegan a un segundo término las diferencias secundarias sobre asuntos meramente políticos, para dejar en primer puesto las grandes contiendas sociales. Las gigantescas luchas entre opuestas civilizaciones, que se repiten en las horas críticas y solemnes de la Historia, se reproducen también ahora a nuestra vista para disputarse la suerte de nuestra nación» ¹⁴.

Con los citados antecedentes es fácil comprender la estrechísima relación existente entre el periódico y la dictadura implantada por Miguel Primo de Rivera en septiembre de 1923. Analizando tal relación José María Guasch concluye: «EL DEBATE no fue un periódico democristiano en sentido político. Partidario de las libertades sí, pero en modo alguno defensor incondicional de la democracia. Después de la I Guerra Mundial la aceptó, un tanto a regañadientes, en la medida en que una verdadera democracia al menos podía sanear el cuerpo enfermo del sistema de la Restauración. Pero la actitud ante el Sindicalismo, la petición reiterada de la dictadura civil, su comportamiento inicial con Primo de Rivera, define a la publicación como un diario en cuyo horizonte brilla ante todo el deseo de un orden social» ¹⁵.

La vinculación entre los sectores representados por el periódico católico y la dictadura de Primo de Rivera puede ser abordada desde varios ángulos de análisis coincidentes en reconocer el entusiástico apoyo ofrecido al golpe de fuerza protagonizado por el militar en septiembre de 1923.

¹² José María GUASCH, «El Debate y la crisis de la Restauración». Pamplona, 1986. Pág. 12.

¹³ José A. LACOMBA, «La crisis española de 1917». Madrid, 1970.

¹⁴ José María GUASCH, op. cit. Pág. 291.

¹⁵ Ibid. Pág. 439.

En su pionero estudio sobre el pensamiento de «Acción Española» Raúl Morodo se preguntó por las fuentes doctrinales que sirvieron para legitimar la experiencia dictatorial durante los años veinte para afirmar: «Tres corrientes doctrinales preconfigurarán ideológicamente la dictadura: tradicionalismo, catolicismo social y conservadurismo maurista. Que, por la incoherencia del dictador, algunos de los miembros de estos sectores representativos se marginen o, incluso, personalicen protagonismos frontales —casos Sánchez Guerra u Ossorio— no altera, en su conjunto, este esquema»¹⁶.

En su monumental trabajo sobre las bases ideológicas de la derecha española, Pedro Carlos González Cuevas explica: «Puede haber pocas dudas, sin embargo, de que en septiembre de 1923 la sociedad española inauguró una etapa en la que la política, tal y como se entendía desde la Revolución francesa, parecía desaparecer del horizonte, una etapa que recuerda más al Antiguo Régimen, al menos como lo soñaban los tradicionalistas del momento, es decir, el Estado nuevo corporativo, que al sistema político que se había organizado en España casi cien años antes: Y ello tuvo su reflejo en la doctrina del partido oficial de la Dictadura, la Unión Patriótica. El nuevo partido recogió la herencia ideológica del tradicionalismo y del catolicismo social. No por casualidad, su lema recordaba al tríplico carlista: «Patria, Religión y Monarquía»¹⁷.

Al producirse el golpe en septiembre de 1923 EL DEBATE manifestó su opinión en los siguientes términos: «Se confirma primeramente el carácter popular del movimiento. La simpatía no se produce tan sólo entre las clases acomodadas; la manifiesta el pueblo en su sentido estricto...

La masa simpatizante con el nuevo estado de cosas puede decirse que constituye la casi totalidad de la nación»¹⁸.

La actitud ante la dictadura expresada por Angel Herrera, alma mater del periódico, apareció fielmente recogida en un artículo publicado sin firma y redactado por Luis Ortiz Muñoz en el número extraordinario de 5 de julio de 1936, anteriormente mencionado: «Para EL DEBATE no hubo vacilación en aceptar el hecho consumado de la dictadura militar del general Primo de Rivera. Ajeno por completo a su realización, surgida de la unión singular de dos factores: el de una resistencia al poder por disposi-

¹⁶ Raúl MORODO, «Los orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española». Madrid, 1985. Pág. 22.

¹⁷ Pedro C. GONZÁLEZ CUEVAS, «Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España, 1913-36». Madrid, 1998. Pág. 97.

¹⁸ EL DEBATE, 15-IX-1923.

ciones injustas emanadas del mismo y la apelación urgente a la autoridad suprema del Estado, EL DEBATE acató al nuevo Gobierno tan pronto como el monarca lo confirmó y fue respaldado además por el aplauso popular. Aplicábase aquí íntegramente la doctrina de la aceptación de los poderes de hecho. Pero hubo más. Hubo, como en tantos otros trances de la política española, una disposición inicial de fervoroso apoyo a un gobierno que en aquel entonces prometía ser la salvación del país.

La actitud de EL DEBATE en los seis años de la dictadura no fue de incondicional adhesión, pero tampoco de oposición y de ataque»¹⁹.

Desde el diario no sólo se prestó colaboración intelectual desde los inicios de la etapa dictatorial sino que también se trabajó en el intento más bien frustrado de arropar al dictador con un partido político, la Unión Patriótica, en el que confluyeron entre otros la mayoría de los componentes del efímero PSP alentado por Herrera y los Propagandistas²⁰.

En el artículo aparecido en julio de 1936, citado por extenso más arriba, Herrera repasó la relación del periódico con la fundación de la Unión Patriótica en los siguientes términos: «Otra vez EL DEBATE quiso... suscitar un movimiento nacional y ciudadano que fuera capaz de unificar a la derecha y servir de sucesión al régimen militar. La Unión Patriótica se concibió en EL DEBATE. Fueron personas de nuestro diario las que hicieron surgir el primer brote en Valladolid. Al calor de la propaganda cotidiana de actos y mítines, reflejados fervorosamente en nuestras columnas, el movimiento cobró vida en todo el ámbito de la nación. De su fracaso está por entero ausente la responsabilidad de EL DEBATE. Convertida la Unión Patriótica en un partido oficial, nuestro periódico se separó de él, expresando claramente la discrepancia»²¹.

Estudios locales sobre U.P. como el de Leandro Álvarez Rey sobre Sevilla²² o el de Aurora Garrido sobre Cantabria²³ confirman la significativa afiliación a la misma de elementos procedentes del catolicismo social. Para Santander escribe la profesora Garrido: «El manifiesto-programa que la organización política dirigió a toda la ciudad aparecía firmado por cualificados representantes de la burguesía industrial y comercial santanderina

¹⁹ José María GARCÍA ESCUDERO, «El pensamiento de Angel Herrera». Madrid, 1987. Pág. 209.

²⁰ J. TUSELL, «Historia de la Democracia Cristiana en España». Madrid, 1986.

²¹ José María GARCÍA ESCUDERO, «El pensamiento ...». Pág. 209.

²² Leandro ÁLVAREZ REY, «Sevilla durante la dictadura de Primo de Rivera (la Unión Patriótica Sevillana, 1923-30)». Sevilla, 1987.

²³ Aurora GARRIDO MARTÍN, «La dictadura de Primo de Rivera, ¿ruptura o paréntesis? Cantabria, 1923-31». Santander, 1997.

y de las profesiones liberales, cuyos nombres habían estado vinculados a la organización del Somatén y aparecían también entre la nueva élite política provincial y local salida de la renovación en el mes de abril de ambas instituciones. Políticamente, pues, en su mayoría pertenecían al maurismo y al catolicismo social y político (tradicionalistas y miembros del PSP)».

Por último, para acabar de entender la relación entre EL DEBATE y la fundación de U.P., cabe recordar lo aportado por Rosa Martínez Segarra en la ponencia que sobre el grupo político presentó en un reciente Congreso organizado por el Departamento de Historia Contemporánea de la UNED: «La UP nació en Castilla y concretamente en Valladolid; surgió en torno a grupos de personas próximas a EL DEBATE (órgano vinculado al Partido Social Popular), tras una serie de reuniones dirigidas por Angel Herrera. El nombre que adoptará la organización será Unión Patriótica Castellana. El manifiesto de constitución se publicará en EL DEBATE, el 2 de diciembre de 1923, siendo su presidente Eduardo Callejo, profesor de universidad y futuro ministro de Instrucción Pública. Las personas que compondrán esta organización estarán vinculadas a los propagandistas católicos, como lo demuestran los firmantes del manifiesto fundacional»²⁴.

Situado el contexto político general cabe ahora analizar la imagen del propio dictador elaborada básicamente a partir del pensamiento de Ángel Herrera plasmado cotidianamente en la composición del periódico.

Acerca no sólo de su colaboración con la dictadura sino también de su percepción de la figura del dictador Herrera dejó escrito : «Servimos también al ilustre soldado que, en momentos de disolución de fuerzas políticas y de peligro del orden público, se vio al frente de la gobernación del Estado. Nuestra colaboración con todo fue lealísima, ya desde las columnas del periódico, ya en conversaciones privadas»²⁵.

Sus recuerdos de Miguel Primo de Rivera fueron recogidos en la siguiente carta enviada a su hija Pilar en 1964: «Se han avivado en mí viejos recuerdos, especialmente de su ilustre padre, a quien tan de cerca traté y cuyas grandes dotes de caballerosidad, patriotismo y profunda fe cristiana pude apreciar directa y personalmente. De él guardo siempre el mejor recuerdo y la mayor gratitud por el mucho bien que hizo a la patria. No olvido el día en que su hermano José Antonio me presentó a usted en el Hotel Nacional con ocasión de una fiesta de EL DEBATE»²⁶.

²⁴ Ibid. Pág. 169.

²⁵ José María GARCÍA ESCUDERO, «El pensamiento...». Pág. 209.

²⁶ Ibid. Pág. 209.

Por último, en sus Memorias puede leerse el siguiente juicio lacónico sobre el dictador: «Visión clara e intuitiva de los problemas»²⁷.

La construcción de la imagen pública de Miguel Primo de Rivera continúa su curso tras el fallecimiento de éste. Tal construcción se encuentra sometida a los avatares políticos en que se vio inmerso el proyecto de Herrera tras la proclamación de la II República. Es decir, la imagen se construye desde dentro de un espacio político extraordinariamente complejo y adquiere un valor protagonista en ese mismo juego.

La actuación de la CEDA durante la República como grupo político vinculado al proyecto primitivo de los Propagandistas ha sido suficientemente analizado por la historiografía y no se convertirá en objetivo del presente trabajo²⁸. Sin embargo, sí resulta significativo detenerse brevemente en la relación existente entre el partido de Gil Robles y el diario que le prestó apoyo desde su fundación.

Vicente Palacio Atard opina al respecto: «EL DEBATE será un periódico de ideas, no de partido. De ideas claras, para orientar a la opinión, no para confundirla. Aun no siendo periódico de partido, las ideas fundamentales reflejaban coincidencias con las defendidas en cada momento por algunos partidos»²⁹.

Por su parte, José María García Escudero en su monumental trabajo sobre el diario dice: «No saquemos las cosas de quicio: la CEDA fue hasta el final el partido de EL DEBATE y EL DEBATE fue el periódico de la CEDA; pero sin que los círculos del periódico y del partido coincidieran exactamente: en lo político, se salía la CEDA de las prudentes fórmulas de EL DEBATE; en lo social, se salía EL DEBATE del conservatismo mayoritario de la CEDA»³⁰.

En el editorial correspondiente al 22 de febrero de 1935 y para hacer frente a acusaciones lanzadas desde ABC señalando el carácter partidista del diario católico se lee: «EL DEBATE, ni antes, ni ahora, ni nunca, ha sido órgano oficioso de ningún partido político. La mejor prueba es el recuerdo de nuestra propia vida... Surgió la joven y ya benemérita CEDA y

²⁷ Ibid. Pág. 209.

²⁸ José R. MONTERO, «La CEDA. El catolicismo social y político en la II República». Madrid, 1977. Paul PRESTON, «La destrucción de la democracia en España». Madrid, 1978. R. ROBINSON, «Los orígenes de la España de Franco. Derecha, República y Revolución». Barcelona, 1974. Julio GIL PECHARROMÁN, «La II República». Madrid, 1995.

²⁹ Vicente PALACIO ATARD, prólogo a José María García Escudero, «El pensamiento de El Debate». Pág. XXXIV.

³⁰ José María GARCÍA ESCUDERO, «El pensamiento de El Debate». Madrid, 1983. Pág. XXXIV.

EL DEBATE apoyó lo mucho que hay de plausible en su ideario y en sus actuaciones y no comparte las equivocaciones accidentales. Antes bien, advierte los desvíos y llama la atención del Gobierno, a pesar de que en él hay ministros de la CEDA».

Reflexionando sobre el mismo asunto José María Gil Robles manifestó lo siguiente al describir sus relaciones con Ángel Herrera: «Mientras fue director de un periódico del cual era yo redactor, acepté y secundé disciplinadamente sus directrices; pero al caer sobre mis hombros la responsabilidad de un partido, consulté con él rarísimas veces...Herrera, aun cuando me apoyara resueltamente desde las columnas de EL DEBATE, nunca estuvo afiliado al partido, ni podía yo consentir, además, que sus equivocaciones alcanzasen a quienes habían depositado en mí su confianza...La verdad me obliga a decir que tampoco Herrera pretendió jamás mezclarse en la dirección de la CEDA. No lo hizo ni directa ni indirectamente. Nos vimos en aquellos años muy contadas veces»³¹.

A pesar de la pretendida distancia señalada por los textos anteriores, la estrechísima relación entre Angel Herrera (y, por extensión, la Asociación Católica Nacional de Propagandistas) y la CEDA quedan de manifiesto al repasar su empeño en crear un partido político de masas tras la proclamación de la República dando vida a Acción Nacional, embrión de la futura Confederación, el 29 de abril de 1931³².

En su voluminoso trabajo sobre el Catolicismo social y político en la II República, José R. Montero concluye: «Por más que Gil Robles atribuya a los que piensan distinto de él "pasión desatada", lo cierto es que la opinión más generalizada coincidía en concebir a EL DEBATE (y al resto de la prensa dependiente de La Editorial Católica) como el periódico por antonomasia de la CEDA»³³.

Durante la República el periódico hizo en algunas ocasiones referencia a la Dictadura pero, a partir de 1933, tal tendencia desapareció gradualmente. Sin duda, en ello debieron influir las diferencias tácticas mantenidas desde ese momento entre la CEDA, más partidaria de instalarse si bien ambiguamente en la legalidad republicana y «Renovación Española» de Antonio Goicoechea, decidida a defender las esencias más derechistas del alfonsismo militante³⁴ y, por ello, más volcada en la reivindi-

³¹ José María GARCÍA ESCUDERO, «Conversaciones sobre Angel Herrera». Madrid, 1986. Pág. 133.

³² Julio GIL, «Conservadores subversivos». Madrid, 1994.

³³ J. R. MONTERO, op. cit. Vol II. Pág. 404.

³⁴ J. GIL PECHARROMÁN, «Renovación Española. Una alternativa monárquica a la II República. Madrid, 1985.

cación de la figura del dictador tomado como antecedente práctico del ideal político defendido por el grupo de cara al futuro del país.

Aprovechando el primer aniversario de la caída de Miguel Primo de Rivera, EL DEBATE publicó el siguiente editorial bajo el título «Al año de caer la Dictadura»: «El que contempla sin obcecación este panorama retrospectivo penetrará toda la hondura de aquel pasaje de Balmes en el que el filósofo dice que cuando los hombres cambian y, sin embargo, se conservan ciertas prácticas políticas contra las cuales todos protestan de corazón y cuando hombres honrados censuran desde la oposición los medios empleados por el Poder y al llegar a éste ellos emplean los mismos procedimientos, hay que pensar que lo que parecen prácticas abusivas responde a algo que está en la naturaleza misma de las cosas.

Las precedentes consideraciones envuelven, sin duda, un juicio favorable, en principio, a Primo de Rivera. No destruyó éste la normalidad por gusto de destruirla; obedeció a exigencias de la realidad española. Y si es cierto que prolongó demasiado la Dictadura, hay que reconocer ahora que no resultaba tan fácil el paso a una normalidad constitucional... Lo más grave que advertimos durante la época de la Dictadura fue la división de las fuerzas conservadoras. En esta división corresponde la culpa principal de Primo de Rivera que agravó sin necesidad y excluyó de la vida pública injustamente a muchos núcleos de ciudadanos... Por eso queremos insistir hoy con más esperanza de ser oídos, en la necesidad imperiosa de que se unan todos los elementos socialmente conservadores para constituir una gran fuerza política nacional».

Como pone de manifiesto el propio editorial, EL DEBATE utiliza el recuerdo de la figura del dictador para analizar su realidad más inmediata. Resulta, por tanto, evidente, que en la construcción de la imagen aparece la deformación provocada por el interés político inmediato. La reflexión sobre la dictadura sirve como elemento de legitimación de una táctica política determinada en la coyuntura crucial de 1931.

En el editorial del 15 de marzo de 1931 el periódico recuerda la muerte de Primo de Rivera en París y nuevamente aprovecha la memoria para efectuar un llamamiento a la unidad de los monárquicos ante la convocatoria de elecciones municipales para el 12 de abril siguiente: «Mañana se cumple un año de la muerte de don Miguel Primo de Rivera. Una vez más traemos a este sitio el recuerdo de aquella gran figura a la que no consideramos incluida en ningún sector. Es una figura nacional, y a medida que pasen los años y se enfríen las pasiones quedará como perteneciente al patrimonio común de los españoles todos. Primo de Rivera era el hombre que España necesitaba en 1923... Para los monárquicos especialmente es

indiscutible la conveniencia de marchar unidos, mucho más ante el bloque formado por todos los elementos contrarios a la Monarquía».

Proclamada la República, el periódico tomó gradualmente distancia por cuestiones tácticas del periodo inmediatamente anterior si bien en el editorial del 16 de marzo de 1933 manifestó: «Hoy hace tres años que murió. Largo período en la impresión de quienes lo contemplamos tan lleno de acontecimientos trascendentales; breve, si tratásemos de lanzar sobre aquella gran figura un juicio histórico definitivo. En su día, cuando él estaba, plétórico de energías nacionales, de sentidos impulsos al servicio de España, le dijimos con lealtad nuestro parecer. Ahora entre las nebulosidades que impone la proximidad en el tiempo resalta una cosa claramente: el marcado perfil español de un hombre que no puede ser considerado en sector alguno porque es de todos... Brillante imaginación, claridad de juicio, patriotismo acendrado... y luego, o antes, generosidad, llaneza, hidalguía, todo lo que solemos señalar en un hombre cuando decimos de él que tiene corazón... En tal concepto le apreciará la Historia, que no podrá saltarse, como ahora se pretende, un período de siete años durante el cual llegóse a la pacificación de Marruecos y se disfrutó de una paz interior difícil de olvidar... Lo que importa consignar ahora, porque es justo, es que, pese a toda la literatura desmelenada y truculenta, el dictador fue un hombre que pudo, a un tiempo mismo, ser dictador y no dejar rencores en el alma del pueblo. He aquí el gran elogio que ya le pertenece a Primo de Rivera. Por eso, de año en año, se ven junto a su tumba mujeres que lloran y brota con calor el espontáneo homenaje de muchos humildes. Nosotros nos unimos hoy al recuerdo de aquella figura nacional».

A pesar de lo manifestado en el editorial anterior, citado extensamente por su gran valor en el terreno de la memoria histórica, los avatares políticos acaecidos en el interior de las derechas españolas a partir de 1933 (formación de la CEDA, escisión de Antonio Goicoechea y sus seguidores para agruparse en «Renovación Española», constitución de Falange Española beneficiándose del apoyo dispensado a tal efecto desde las filas alfonsinas ³⁵, y, por último, lanzamiento del Bloque Nacional en torno a la figura del retornado Calvo Sotelo) provocaron que las referencias icónicas relativas al dictador pasasen al terreno de una derecha subversiva ³⁶ dispuesta a administrar su herencia como antecedente legitimador de sus continuas intentos por desestabilizar bruscamente la legalidad republicana.

³⁵ Ismael SAZ, «Mussolini contra la II República». Valencia, 1986.

³⁶ J. GIL, «Conservadores subversivos». Madrid, 1994.

MIGUEL PRIMO DE RIVERA EN «ARRIBA»

Tanto las reflexiones como los recuerdos sobre la dictadura del general Primo de Rivera constituyeron una constante en los escritos de los principales líderes falangistas: en los casos de Ramiro Ledesma y Onésimo Redondo por razones puramente políticas, en el de José Antonio, a tales razones se unieron como es obvio las de parentesco. La imagen histórica del dictador estaba suficientemente construida al producirse la Unificación franquista en 1937. Como en otros campos, el nuevo Estado utilizó la iconografía falangista anterior como un elemento indispensable en que apoyarse para legitimar su propia existencia. En el nuevo Estado franquista confluyeron junto a falangistas, tradicionalistas y demás militantes de las formaciones derechistas muchos antiguos colaboradores del general (Martínez Anido, Eduardo Aunós, etc.) por lo que su figura acabó convirtiéndose para los intelectuales orgánicos de la nueva dictadura en un antecedente histórico de indudable valor propagandístico.

En fecha tan temprana como el 11 de junio de 1924, el futuro líder de las JONS, Onésimo Redondo, realizó el siguiente apunte sobre el advenimiento de la Dictadura: «El pueblo español está en mejor disposición de ánimo hacia el directorio militar que a raíz de subir éste al poder. La tranquilidad pública que se disfruta, la seguridad de los ciudadanos (...) que mientras ellos laboran afanosos en sus quehaceres particulares, el patrimonio nacional está austeramente administrado, los altos intereses de la nación son atendidos con amor; la defensa de vidas y haciendas está cuidadosamente procurada; la prosperidad y bienestar público en todos los órdenes se persigue con buena voluntad...»³⁷.

El carácter conservador de un joven Onésimo Redondo, recién llegado a Salamanca para iniciar sus estudios de Derecho, queda suficientemente de manifiesto en la cita anterior. En sus apelaciones continuas al «orden» y la «tranquilidad» del pueblo parecen traslucirse las influencias recibidas de su relación con la Asociación Católica Nacional de Propagandistas a la que llegó de la mano del jesuita Enrique Herrera, su confesor desde los tiempos de adolescencia en Valladolid.

Ramiro Ledesma se ocupó de analizar la dictadura ya en los primeros números de «La Conquista del Estado»: «Ninguna intervención tuvimos en la política de Primo de Rivera. Somos posteriores, llegados hoy mismo

³⁷ José Luis MINGUEZ, «Onésimo Redondo, 1905-36. Precursor Sindicalista». Madrid, 1990. Pág. 15.

a la responsabilidad nacional. Le rendimos, sin embargo, un tributo casi admirativo. A la vista de la bazofia que hoy llega de nuevo. De las frases que vuelven a tener circulación. De los gestos que triunfan.

Hay que agradecer a Primo su ponerse ahí, espada en mano, pronto a la pelea y a la hazaña. En medio de la charca burguesa que toma chocolate y fuma puro todas las tardes en el café. En medio del ambiente antiheroico y lechuzo de los señoritos liberales que pasean... Vamos nosotros adelante. Y ahí queda Primo de Rivera, imperfecto y magnífico, como dando que hacer a la miopía abogadesca de turno, que sigue las huellas de su espada por el articulado de la vieja Constitución»³⁸.

Frente al carácter eminentemente conservador del apunte realizado por Onésimo Redondo citado más arriba, puede apreciarse en el artículo de Ledesma la cercanía de su autor a algunas de las ideas axiomáticas de los movimientos fascistas europeos: el culto a la acción, la retórica antiburguesa, la crítica mordaz frente al «señoritismo improductivo» de raíz aristocrática, etc. Temas, todos ellos, presentes, con posterioridad, en su enfrentamiento con José Antonio Primo de Rivera a partir de diciembre de 1934.

Como es sobradamente conocido el análisis de los inicios de la actividad política de José Antonio ha de relacionarse estrechamente con la dictadura protagonizada por su padre desde el golpe de 1923³⁹. Su «biógrafo apasionado» Felipe Ximénez de Sandoval lo expresó así: «Pero aunque José Antonio no quisiera hacer bandera de la memoria de su padre, tenía que resignarse a que lo fuese cuando los demás la cogían para agitarla, y él salía al paso de las desenfrenadas pasiones políticas. Los incidentes se repetían y el nombre de José Antonio Primo de Rivera empezaba a imponerse en España, si no todavía como esperanza política, sí como ejemplar de virilidad muy española»⁴⁰.

En 1930 se afilió a la Unión Monárquica Nacional junto a algunos de los colaboradores más allegados de su padre (Esteban Bilbao, Guadalhorce, Maeztu, etc.) y en 1931 se decidió a presentarse como candidato independiente a las Cortes Constituyentes por Madrid con el único objetivo de defender ante ellas la memoria de su progenitor. En su Manifiesto electoral puede leerse: «Hay que juzgarlo y sentenciarlo todo. Pero he aquí lo extraordinario: la memoria del General Primo de Rivera, en las Cortes,

³⁸ «La Conquista del Estado». Nº 2. 21-III-1931.

³⁹ Julio GIL PECHARROMAN, «José Antonio Primo de Rivera». Madrid, 1996.

⁴⁰ Felipe XIMÉNEZ DE SANDOVAL, «José Antonio (Biografía apasionada)». Madrid, 1941. Pág. 68.

tendrá cuatrocientos acusadores y ningún defensor... Y eso es una tremenda injusticia. No puede quedar flotando sobre la memoria de un hombre el cúmulo de feroces acusaciones que se han lanzado contra el General Primo de Rivera. Hay que conminar a los acusadores para que se precisen con pruebas, valerosamente, sus cargos. No es lícito acusar vagamente, en las tertulias y en la Prensa, y rehuir luego el deber de justificar las acusaciones. Y es preciso escuchar después a la defensa... Sólo para eso (sin que por ello descuide todos los deberes, que sabré cumplir, para con Madrid y para con mis electores) quiero ir a las Cortes Constituyentes: para defender la sagrada memoria de mi padre»⁴¹.

José Antonio fue derrotado el domingo 4 de octubre de 1931 por el candidato republicano Bartolomé Manuel de Cossío, quien le dobló en el número de votos.

Habrá de esperar a las elecciones legislativas de 1933 para ganar su acta de diputado por Cádiz en el seno de una candidatura abiertamente reaccionaria dirigida por Ramón de Carranza⁴².

Ya en las Cortes, José Antonio enjuició ideológicamente la dictadura en un discurso pronunciado el 6 de junio de 1934, estableciendo paralelismos con la experiencia fascista italiana y apuntando las razones de su caída: «En el año 1923 no se había construido del todo ninguna doctrina que fuera capaz de reemplazar a la doctrina liberal democrática burguesa de los Estados que entonces existían. Si consideráis que aquel general de 1923 siguió no más que en once meses a Mussolini, os asombraréis de que tuviera que adivinar todas las bases conceptuales de un sistema, cuando ese mismo sistema ha tardado diez o doce años en llegar a producir la bibliografía con que ahora se justifica a posteriori. El general Primo de Rivera se encontró sin aquello; tenía que ir adivinando la razón íntima de cada uno de sus actos, y la fue adivinando durante seis años, poco menos que milagrosamente; pero, por desgracia, ningún régimen se sostiene si no consigue reclutar a su alrededor a la generación joven en cuyo momento nace, y para reclutar a una generación joven hay que dar con las palabras justas, hay que dar con la fórmula justa de la expresión conceptual. Esto no lo logró el general Primo de Rivera, ni podía lograrse en aquel momento, y por eso los intelectuales, que es muy posible que se hubieran entendido con él cinco años más tarde, no le entendieron, por culpa de los intelectuales y por culpa del general Primo de Rivera»⁴³.

⁴¹ ABC, edición de Andalucía, 29-IX-1931 en «Obras» de José Antonio Primo de Rivera». Delegación Nacional de la Sección Femenina del Movimiento. Madrid, 1971. Pág. 6.

⁴² César VIDAL, «José Antonio. La biografía no autorizada». Barcelona, 1996.

⁴³ «Obras». Pág. 245.

La debilidad de Falange Española puesta de manifiesto en el clamoroso fracaso cosechado en las elecciones de 1936 ⁴⁴ y su posterior vinculación con los militares conspiradores condujeron a su condición de fuerza política instrumental a partir del Decreto de Unificación de 1937 que puso las bases de la nueva amalgama política creada por Franco y sus asesores con el fin de institucionalizar su régimen ⁴⁵.

Javier Jiménez Campo al analizar la implantación del partido en los meses anteriores al golpe de julio dice: «Si algo evidencian las relaciones entre la organización falangista y los jefes militares de la conspiración antirrepublicana es la obligada supeditación de aquélla a unos proyectos que, si habían sido animados en todo momento por el nacional-sindicalismo, venían impuestos desde el exterior del partido. Este, por su escasa implantación en el país, participará en los prolegómenos de la sublevación en inferioridad de condiciones» ⁴⁶.

También Ricardo Chueca, en un estudio clásico sobre las consecuencias de la Unificación escribe: «El movimiento fascista español de los treinta se caracteriza por una extrema debilidad aún a pesar del carácter netamente favorable de las variables internas e internacionales. Debilidad que tiene su razón de ser tanto en la fragilidad de los sectores sociales llamados a ser sus apoyos cuanto en la aparición de una crisis abierta de dominación en la que FE-JONS queda inevitablemente subsumido...Deviene así un grupo político subordinado destinado a ser recipientario, no protagonista excluyente, del devenir del nuevo Estado. Para bien y para mal» ⁴⁷.

Ramón Serrano Suñer, diseñador último de la política de su cuñado cuando el Decreto se hizo público en abril de 1937, recordó en sus memorias: «En realidad, aquella Falange (yo en ella, y un grupo de falangistas inteligentes y honrados) que desde posiciones oficiales había acometido con rectitud el empeño reformista entre resistencias, aversiones y poderosas reservas internas, murió en esa pugna, y nació el franquismo. La «Falange» se quedó reducida a ser su etiqueta externa» ⁴⁸.

Por su parte, Manuel Hedilla, representante de los sectores falangistas opuestos a la pérdida de identidad forzada por la actuación de Franco,

⁴⁴ Javier TUSELL, «Las elecciones del Frente Popular». 2 Vols. Madrid, 1971.

⁴⁵ José Luis RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, «La extrema derecha española en el siglo xx». Madrid, 1997.

⁴⁶ Javier JIMÉNEZ CAMPO, «El fascismo en la crisis de la II República». Madrid, 1979. Pág. 318.

⁴⁷ Ricardo CHUECA, «El fascismo en los comienzos del régimen de Franco. Un estudio sobre FET-JONS». Madrid, 1983. Pág. 399.

⁴⁸ Ramón SERRANO SUÑER, «Memorias». Barcelona, 1977. Pág. 187.

afirmó: «Acaso resulte obvio señalar que el decreto de unificación, promotor de un estado de euforia entre ciertas y numerosas gentes civiles, fue interpretado en muchas provincias, por los mandos militares, como un traspaso al Ejército del mando sobre la Falange y la Comunión Tradicionalista. A partir de la hora histórica en que el Generalísimo pronunció su discurso y leyó su decreto, quedaron degradados de autoridad y de jerarquía, según el entendimiento de muchos, los mandos de las dos organizaciones»⁴⁹. Tal pérdida de independencia en el terreno puramente militar fue sobradamente puesta de manifiesto por Ramón Casas de la Vega en su monumental estudio sobre los voluntarios combatientes en la zona franquista, sometidos gradualmente a la estructura del Ejército⁵⁰.

El carácter instrumental de una Falange totalmente supeditada a la cúpula del Estado queda de manifiesto en las siguientes afirmaciones de Pilar Franco sobre la Unificación: «Con la muerte de José Antonio el asunto de la Falange se complicó. El Caudillo tuvo que desplegar todas sus dotes de convicción y toda su energía para aglutinar falangistas con requetés. Tanto como hacer una Falange a su medida como se hace un traje, tal como se ha dicho a veces, no creo que lo hiciera. Pero la fundió con los tradicionalistas, tomando lo mejor de ambos idearios. Porque, claro, la Falange primitiva tenía mucho de revolucionaria y había que cortarle las alas»⁵¹.

Sobre el mismo asunto, el propio Franco en sus conversaciones con José María Pemán, publicadas recientemente, reconoció: «La Falange se ha hecho muy bien el trabajo de preparación psicológica. No se puede suspender la vida constitucional de un país sin una movilización de entusiasmo en el pueblo, en los paisanos»⁵².

Francisco Franco Salgado-Araujo, primo del general dictador y autor de alguno de los libros más jugosos para estudiar su figura, encontró una convincente explicación para sintetizar lo escrito sobre las relaciones entre Franco y Falange: «Yo digo que como él no es falangista de corazón, se desprenderá de este partido cuando vea que le conviene, ya que como siempre he mantenido, él es sólo «franquista» y desde luego patriota, eso sí, cien por cien»⁵³.

⁴⁹ Manuel HEDILLA, «Testimonio». Barcelona, 1977. Pág. 502.

⁵⁰ Ramón CASAS DE LA VEGA, «Las Milicias Nacionales». 2 Vols. Madrid, 1977.

⁵¹ Pilar FRANCO, «Nosotros, los Franco». Barcelona, 1980. Pág. 106.

⁵² José María PEMÁN, «Mis encuentros con Franco». Tomo XII. Madrid, 1998. Pág. 48.

⁵³ Teniente General FRANCISCO FRANCO SALGADO-ARAUJO, «Mis conversaciones privadas con Franco». Barcelona, 1976. Pág. 179.

Palancas del nuevo Estado devinieron organizaciones vinculadas a la estructura primitiva de Falange: tanto el SEU ⁵⁴, como la Sección Femenina ⁵⁵ o la organización juvenil ⁵⁶ se convirtieron en factores de rutinaria socialización política supeditados a la maquinaria burocrática del Movimiento.

Si bien la convivencia en el seno del Estado resultó en ocasiones problemática desde el punto de vista ideológico ⁵⁷, es bien cierto que a la altura de los años cincuenta los planes constituyentes de Arrese simbolizaron la etapa crepuscular de la influencia falangista en su configuración interna ⁵⁸. La lucha sorda llevada a cabo desde el final de la guerra civil entre los grupos que se sumaron al bando vencedor ⁵⁹ concluyó con la paulatina pérdida de influencia de los sectores procedentes del falangismo republicano en beneficio de tecnócratas relacionados con el tradicionalismo católico capaces de ofrecer a las élites franquistas soluciones a los problemas tanto políticos como económicos derivados de la Autarquía surgida tras el final de la contienda.

Los acontecimientos históricos sucintamente repasados tuvieron su fiel reflejo en las páginas de «Arriba». Su análisis pone de manifiesto la importancia concedida a la figura de Miguel Primo de Rivera como «precursor» durante el primer franquismo, equivalente a la etapa de mayor protagonismo falangista.

«Arriba» no olvidaba recordar todos los años la importancia política del militar jerezano coincidiendo con la conmemoración de su muerte en París. Al simple recordatorio, siempre redactado en tono grandilocuente y elogioso, se unieron en ocasiones auténticos suplementos monográficos sobre su labor.

El 16 de marzo de 1940 el diario colocó en portada una foto de la familia Primo de Rivera (Miguel, José Antonio y Pilar) acompañada del siguiente comentario: «Se cumplen hoy 10 años de la muerte en París de aquel gran patriota que fue todo en España: el general Don Miguel Primo de Rivera, primera voz en el desierto y primera voluntad de reconquista de

⁵⁴ Miguel A. RUIZ CARNICER, «El Sindicato Español Universitario, 1936-65. La socialización política de la juventud universitaria en el franquismo». Madrid, 1996.

⁵⁵ María Teresa GALLEGU MENDOZ, «Mujer, Falange y franquismo». Madrid, 1983.

⁵⁶ Juan SÁEZ MARÍN, «El Frente de Juventudes. Política de juventud en la España de la post-guerra, 1937-1960». Madrid, 1988.

⁵⁷ Alvaro FERRARY, «El Franquismo: Minorías políticas y conflictos ideológicos, 1936-1956». Pamplona, 1993.

⁵⁸ José Luis DE ARRESE, «Una etapa constituyente». Barcelona, 1982.

⁵⁹ Glicerio SÁNCHEZ-RECIO, «Los cuadros políticos intermedios del régimen franquista, 1936-59. Diversidad de origen e identidad de intereses». Alicante, 1996.

lo racial en la decadencia. Juzgada está por todos como se merece la amorosa y firme vocación de servicio que dirigió la época de su mando. Hoy, al recordar su muerte silenciosa en París, de la que tantos pueden tenerse por causantes, reproducimos una fotografía del ilustre español en la intimidad de su hogar, rodeado de su hija Pilar, primera de nuestras camaradas y de José Antonio, fundador de nuestra Falange y suprema víctima del desdén, el olvido y el desamor de muchas gentes».

El ejemplar del 31 de marzo del mismo año recogió la intervención de Eduardo Aunós, antiguo ministro de Trabajo durante la Dictadura, ante la Academia de Jurisprudencia en homenaje al «protomártir» Calvo Sotelo: «La Dictadura iba a emprender una política social generosa y nueva, inspirada en los más hondos principios cristianos, de dignidad y solidaridad humanas; resolver el problema de Marruecos y ejecutar el plan de Obras Públicas... La Dictadura fue el primer Gobierno que desarrolló cumplidamente las tentativas de resurgir nacional... Calvo Sotelo, a la España de Primo de Rivera le dio su entusiasmo y toda su juventud. Y si ahora viviese entre nosotros, a la España de Franco, le daría, no ya su vida, sino cien vidas, que tuviese».

El propio Franco recordó la figura de Miguel Primo como antecedente suyo en el discurso de fin de año pronunciado ante los micrófonos de Radio Nacional el 31 de diciembre de 1939 y reproducido por «Arriba» en su edición del 2 de enero siguiente: «Viven todavía las generaciones que al correr de estos últimos años sufrieron sus consecuencias (las derivadas de la actuación de los enemigos de España) con las miserias y la limitación de horizontes de la vida española, en que sólo el breve paréntesis de mando del general Primo de Rivera pone en el panorama albos de esperanza; pero los mismos que en la vida contemporánea habían sido actores de nuestra decadencia se encargaron de derribarlo con sus intrigas y de que se perdiera la coyuntura que España tuvo para su renacimiento».

El 16 de marzo de 1941 «Arriba» aprovechó la ocasión para vincular la figura del dictador a Falange y analizar por extenso su obra en un extenso monográfico titulado «Vida, obra y muerte de Miguel Primo de Rivera».

Acompañando a la foto familiar de rigor el diario decía: «La Falange ha incorporado desde su primer día en lo más hondamente auténtico del ejemplario español aquel periodo de nuestra Historia, en el que un hombre excepcional, de nuestra más pura vena castrense, intentó con pasión arrematadora evitar que la dispersión de un estado agonizante llegase al trance irremediable de las armas en contienda civil. Los años de mando del general constituyen lo único realmente fiel a las exigencias de la Historia y del tiempo que podemos salvar en la recapitulación de nuestro siglo libe-

ral. Ahora el recuerdo de Primo de Rivera está ya para siempre en lo más claro y vivo de la memoria de España».

En el monográfico se buscan paralelismos con intención claramente propagandística entre la situación que precedió al golpe de 1923 y la vida en 1936: «España era en 1923 un campo de enconadas y turbias luchas políticas. Los distintos Gobiernos, todos igualmente impotentes para afrontar la situación vegetaban durante algunos meses... para ceder el puesto a otros adversarios que seguían permitiendo el desbarajuste económico, administrativo y político. En Barcelona, se luchaba a tiros por las calles, en toda España los funcionarios actuaban libremente contra el Gobierno, en Marruecos caminábamos de derrota en derrota por las torpezas de Madrid y hasta se llegaba a suspender el embarque de tropas porque un soldado abofeteaba a un oficial. Éramos un pueblo en quiebra... Y en medio de este desolador panorama, el general Primo de Rivera tomó la decisión más valiente y arriesgada de su vida: conquistar el Poder. Hacerse responsable de un Estado en bancarrota para devolver a España su fuerza interior y su prestigio en el exterior».

La edición del 16 de marzo de 1943 reprodujo en portada tanto la fotografía como los elogios aparecidos para tal conmemoración (aniversario del fallecimiento) en ocasiones anteriores: «Hoy hace trece años que en un hotel de París, lejos de su Patria, moría el General Don Miguel Primo de Rivera, Militar insigne y hombre bondadoso, salvó a España en momentos singularmente graves. Durante sus seis años de certero y paternal gobierno supo hallar la solución de los problemas nacionales pendientes».

Tres días después, «Arriba» recogió la toma de posesión del anteriormente mencionado Aunós como ministro de Justicia tras la designación de Esteban Bilbao para presidir las Cortes. En el discurso que abrió su gestión el nuevo ministro recordó así la etapa de Primo de Rivera: «En el septenado inolvidable y glorioso del general Don Miguel Primo de Rivera juntos nos hallábamos al servicio de aquel patriota e invicto general, héroe de Alhucemas, y salvador de una España que hundieron luego en la sima del desastre aquellos mismos a quienes más benefició con su gestión reparadora y paternal. Nuestro designio es elaborar el derecho que corresponde a la revolución que se desarrolla en nuestros días, ante nuestros mismos ojos, y cuyo más alto exponente en España es el pensamiento político y social de José Antonio y del Caudillo Franco».

Abierta y ampliamente afirmó la idea de su carácter precursor el número aparecido el 16 de marzo de 1945: «Primo de Rivera fue el precursor; tenía que serlo, debía de serlo desde que con uso de razón fue actor y testigo de nuestra decadencia... Las últimas luces de un crepúsculo im-

perial y sangriento iluminaron el rostro imberbe de aquel alférez de Infantería, que apenas diplomado por la Academia de Toledo se batía bravamente en Filipinas contra la guerrilla de Aguinaldo... El índice de las fuentes de bienestar y riqueza creadas por la Administración de Primo de Rivera es interminable. Unas veces reformando o perfeccionando, otras instituyendo, el Poder público logró que el país todo diera un formidable brinco hacia delante».

La conexión simbólica establecida en torno a los rituales relacionados con la muerte tan del gusto del régimen entre éste y la figura del general quedó plasmada en la espectacular misa funeral celebrada en la basílica de San Francisco el Grande de Madrid recogida en la edición de «Arriba» del 17 de marzo de 1945. A ella asistieron tres de sus hijos (Miguel, Carmen y Pilar) acompañados por las más altas jerarquías del Estado: varios ministros, el presidente de las Cortes, el del Consejo de Estado, numerosos Tenientes Generales, cinco Subsecretarios (entre ellos Carrero Blanco), algunos Generales (Martín Alonso, Cuervo, etc.) y significados ex ministros (Yanguas y el conde de Vallellano entre otros). Mediante la ceremonia el nuevo Estado trazó un puente cargado de simbolismo religioso para manifestarse en público continuador de la obra «reparadora» iniciada en 1923 frente a aquellos españoles «culpables» de haber soñado un país cimentado sobre la convivencia en libertad, alejado de ideologías interesadamente elaboradas con el único objetivo de mantener las hegemónías tradicionales a las que se refirió ácidamente Manuel Azaña en su brillante discurso leído como Presidente del Ateneo con ocasión de la solemne sesión de apertura de curso quince años antes, el 20 de noviembre de 1930: «España es víctima de una doctrina elaborada hace cuatro siglos en defensa y propaganda de la monarquía católica imperialista, sobrepuesta con el rigor de las armas al impulso espontáneo del pueblo. Inventa unos valores y una figura de lo español y los declara arquetipos. Exige la obligación moral de mantenerlos y continuar su linaje. Provee de motivos patéticos a la innúmero caterva de sentimentales y vanidosos, semilocos, averiados por una instrucción falaz y un nacionalismo tramposo que ni siquiera se atreve a exhibir sus títulos actuales. Cada vez que la tiranía tradicional arroja la máscara y se costea a nuestras expensas el lujo de ostentar una semejanza de pensamiento y una emoción fluente, se vuelve al pasado»⁶⁰.

⁶⁰ Manuel AZAÑA, «Tres Generaciones del Ateneo» en «¡Todavía el 98!». Madrid, 1997. Pág. 180.